

# Plácido y el romanticismo

SALVADOR ARIAS GARCÍA

Centro de Estudios Martianos  
Instituto de Literatura y Lingüística

## RESUMEN

El artículo incide en la relación de la obra del poeta mulato Gabriel de la Concepción Valdés (1809-1844), conocido como Plácido, con el Romanticismo en la tradición cultural cubana. Del triunfo romántico en Matanzas hasta la Conspiración de la Escalera y el fusilamiento de Plácido en 1844, existe un trayecto que irá ganando profundidad y compromiso, en el cual literatura y vida no andarán por caminos diversos, como ponen de manifiesto las composiciones poéticas y dramáticas publicados por el poeta en periódicos como *La Aurora de Matanzas* analizados en este artículo.

**Palabras clave:** Plácido, Romanticismo, Cuba, *La Aurora*, Matanzas.

## ABSTRACT

Within the context of the Cuban cultural tradition, this article examines the links of the works of mulatto poet Gabriel de la Concepción Valdés (1809-1844), also known as Plácido, with the Romantic Movement. From his success as a Romantic poet in Matanzas to his participation in the Conspiracy of the Ladder and his execution in 1844, Plácido's writings became deeper and more involved; live and literature became one, as can be seen in his poetic and dramatic compositions published in newspapers such as *La Aurora de Matanzas* and analyzed in this article.

**Keywords:** Plácido, Romanticism, Cuba, *La Aurora de Matanzas*.

## I

Que el poeta mulato Gabriel de la Concepción Valdés (1809-1844) tuvo que escribir mucho, y rápido, para poder subsistir es algo que puede comprobarse tan solo con revisar las páginas del periódico *La Aurora de Matanzas*<sup>1</sup>. Allí, bajo su bien conocido seudónimo de Plácido, se reiteran a veces sus poemas hasta llegar a una frecuencia diaria, como ocurre en febrero de 1839, sin que eso sea obstáculo para que incluya entre ellos alguna obra maestra como su romance «Jicotencal» (23 de febrero de 1839). Pero en otras ocasiones la urgencia económica lo apremia a producir masivamente en detrimento de la calidad, como en noviembre y diciembre de

1842, cuando se ve urgido por su matrimonio con María Gila y la preparación de un viaje a Villaclara; según testimonio de Sebastián Alfredo de Morales, esto le hizo pedir tres onzas de oro por anticipado a cuenta de composiciones que debió llevar diez días después y hoy podemos encontrar en las páginas del periódico<sup>2</sup>.

Fruto de una relación no matrimonial entre una bailarina española y un peluquero mulato, los prejuicios raciales y sexuales determinaron que su madre lo depositara en la Casa Cuna, lugar en donde se le puso el apellido de Valdés que nunca cambió, a pesar de que su padre lo sacó de ese lugar pocos meses

## Salvador Arias García

Doctor en Ciencias Filológicas. Ha realizado su crítica literaria como investigador del Instituto de Literatura y Lingüística y del Centro de Estudios Martianos. Entre sus títulos publicados se encuentran *Búsqueda y análisis. Ensayos críticos sobre literatura cubana*, *Un proyecto martiano esencial: La Edad de Oro* (Premio de Investigación Cultural y de la Crítica Literaria y Artística 2001), *Aire y fuego en la raíz: José María Heredia, El reto perenne*. Participó en la edición de *Perfil de las letras cubanas desde sus orígenes hasta 1898, Diccionario de la literatura cubana, Historia de la literatura cubana* (editor del primer tomo), además de ser el editor del volumen *Esclavitud y narrativa en el siglo XIX cubano*. Es autor de varias compilaciones como *Valoración múltiple* de Alejo Carpentier, *Acerca de La Edad de Oro*, *Crónicas* de Alejo Carpentier, *Martí y la música*, *Cartas a jóvenes de José Martí*. Además ha realizado ediciones críticas publicadas en España de las novelas *El recurso del método* y *¡Écue-Yamba-O!* de Alejo Carpentier; además de los prólogos para las ediciones de Cuba y México de *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier. Ha colaborado en el *Diccionario Enciclopédico de las Letras en América Latina* (DE-LAL) publicado por la Fundación Ayacucho de Venezuela. También es autor de compilaciones, las cuales prologó y anotó, sobre Julián del Casal, José Jacinto Milanés, Gabriel de la Concepción Valdés, Plácido, Juan Clemente Zenea, así como el libro *Poesía cubana de la Colonia*. Entre las distinciones obtenidas se encuentran: Por la Cultura Nacional y el Premio Félix Varela de la Sociedad Económica de Amigos del País.

## 1

El periódico introdujo ligeros cambios en su nombre durante su larga historia (1828-1857). Así en 1838 se llamaba *La Aurora de Matanzas*, pero a partir del 1º de julio del mismo año comenzó a ser solamente *La Aurora*. El presente trabajo se basa en gran medida en la revisión de las páginas de este periódico; en la localización de sus textos solo daremos la fecha.

## 2

El testimonio de Sebastián Alfredo de Morales puede encontrarse en Plácido (Gabriel de la Concepción Valdés): *Poesías completas. Con doscientas diez composiciones inéditas*, su retrato y un prólogo biográfico, por Sebastián Alfredo de Morales. La Habana, La Primera de Papel, 1886. XIX, 679 p.



La Aurora, 1835.



Plácido.

3  
El anuncio de la puesta a la venta de la edición de 1838 apareció en *La Aurora* a partir del 17 de julio de 1839: «Vencidos los obstáculos que por bastante tiempo se opusieron a que vieses la luz pública las producciones del célebre poeta que tanto honra la literatura, nos congratulamos con la idea de que los Sres. suscriptores a ellas se llenarán de placer al verlas anunciadas en nuestro periódico.»

4  
Para los dos primeros poemas, ver Plácido, ob. cit., p. 331. «A la señora Doña Manuela Martínez por su inimitable desempeño de Raquel en la noche del 14 del corriente. Soneto» apareció en *La Aurora* de Matanzas en mayo 17 de 1837 y lo reproduce Sebastián Alfredo de Morales en la p. 29 de su edición.

5  
Como muestra de una práctica que se mantuvo durante años y, quizás como un velado homenaje a Plácido, en el *Diario de Matanzas* que dirigía Rafael María de Mendive encontramos publicado un «Juicio del año» en el número del 1°. de enero de 1879.

después de nacido. Así, solo el hecho de venir al mundo lo colocó en una situación social limítrofe, sumamente arbitraria e insalvable: el color de la piel era la justificación para una esclavitud sobre la cual explotadores y gobernantes habían construido sus riquezas: por lo tanto, para Plácido las posibilidades de desarrollo tendrían siempre un límite tajante en aquella sociedad.

Nunca negó su condición de cubano y mulato, a pesar de que tuvo oportunidad de evadirse de ellas. Casi blanco, fuera de Cuba, el color de su piel no hubiese sido el obstáculo insuperable que aquí era. Pero Plácido nunca quiso abandonar su isla natal, ni tratar de evadir su condición de mulato. Era un hábil artífice del carey, cosa que se ha relacionado con el fino dibujo de algunos de sus versos. Mas antes de eso, había sido aprendiz de pintura y de imprenta. Pero las peinetas y otros adornos de carey eran una moda y, tan pronto pasó, el oficio apenas le alcanzaba para subsistir. En busca de mejores condiciones abandona su Habana natal y viaja a la cercana Matanzas en 1826 y, ya allí, comienza a ser conocido por su facilidad para componer frescos y atractivos versos.

En sus cuarenta y cinco años de vida Plácido pudo publicar dos tomos de *Poesías*, fechados en 1838 y 1842, y dos folletos (*El veguero*, 1841, y *El hijo de maldición*, 1842), para un total de 128 poemas<sup>3</sup>. Una buena cantidad de textos ya aparecidos en la prensa (más aquellos inéditos) quedaron sin incluir, lo que dio origen a que en sucesivas ediciones póstumas se le fueran añadiendo nuevas obras (Plasencia 81). El mayor esfuerzo en ese sentido lo constituyó la realizada en 1866 por Sebastián Alfredo de Morales, amigo personal del poeta, que incluyó doscientas diez composiciones inéditas, como leemos en el título de su libro. Explica Morales que «si alguna vez vieron la luz pública no fue sino en periódicos de muy escasa circulación.» Esta edición fue duramente criticada por muchos, entre ellos Enrique José Varona (Varona 372-373), pues aparte de los retoques que Morales se permitió hacerle a algunas obras de Plácido, en general se pensaba que el ampliar su producción con tanto poema probablemente mediocre no añadiría nada a sus valores. Sin embargo, no deja de ser necesario el conocer la producción completa de un autor para juzgarlo más certeramente en sus características y justa apreciación.

Otro de los problemas de la edición de Morales lo constituye el que no todo lo incluido está debidamente probado que sea de Plácido. La mayor parte de lo «inédito» recogido por el recopilador apareció por primera vez en las páginas de *La Aurora*. A veces, como ocurrió con los poemas «A una flor» y «A una Conchita», los selecciona porque «se dice» o «se nos asegura» que son de Plácido, a pesar de haber aparecido en la prensa firmados con otros seudónimos (*Jardinero*, *Un Trinitario*), o en ocasiones le atribuye algún poema que, como en el caso del soneto dedicado a la actriz Manuela Martínez, apareció en *La Aurora* firmado solo con tres asteriscos<sup>4</sup>. En realidad, en el caso de Gabriel de la Concepción Valdés no parece muy lógico que algo que escribiera dejara de publicarlo bajo su reconocido seudónimo, sobre todo por tratarse de poemas que no tenían mayores implicaciones políticas o sociales. Sin embargo, el recopilador dice haber trabajado en ocasiones con manuscritos del poeta. Todo esto hace necesaria una rigurosa edición crítica del autor. Mientras, aún podemos añadir algo que escapó a la búsqueda de Morales, a pesar de estar muy definidamente firmado por Plácido.

Lo anterior ocurrió con el poema «Juicio del año [1839]», que rescatamos del olvido en las páginas de *La Aurora*. La razón del lapsus de Morales parece radicar en la existencia de otros dos poemas con igual título, pero referidos a los años 1838 y 1841, que el recopilador sí recoge. Por supuesto, en los tres casos debió de tratarse de una petición expresa de los editores del periódico para insertarlos en los números que iniciaban los respectivos años<sup>5</sup>. En la primera página del número de *La Aurora* del 1°. de enero de 1839, los redactores publican sus planes para el nuevo año, entre los cuales destacan:

Hemos procurado y obtenido que un joven y distinguido poeta, cuyas obras no son de las que menos honran al fecundo Parnaso cubano, se asocie también a nuestros trabajos. El nombre de Plácido, que con entusiasmo han repetido más de una vez los hermosos labios de las doncellas de Almendares y el Yumurí, garantiza el acierto de nuestra elección y nos lisonjea con la esperanza de que esta parte de la obra cuya continuación ofrecemos hoy de nuevo, no será la menos digna del favorable apoyo de nuestros apreciables lectores...

Y a continuación, comenzando en esa misma primera página y terminando en la siguiente, se publicaba el poema «Juicio del año»<sup>6</sup>.

No es de extrañar que se trate de versos escritos con rapidez y sin mucha meditación para cumplir un compromiso y, quizás, pudiera parecer que estamos añadiendo otra piedra nada ilustre que ayudaría a probar la supuesta mediocridad promedio de la obra poética de Plácido. No creo que esto ocurra así, pues sin ser un gran poema, «Juicio del año» nos puede ayudar a acercarnos más a Plácido como poeta y hombre. Es evidente la facilidad rítmica de unos versos que parecen improvisados, como también se siente la falta de una armazón estable detrás de ellos: el final da la sensación de que llega tan solo porque el autor se cansó de versar o estimó que ya era suficiente lo escrito. El tono es humorístico-satírico y para esto Plácido tenía gracia. Situado en su contexto matancero, muestra el momento de auge del romanticismo en aquel pueblo, que llegó a ser algo más que un asunto meramente literario.

En «Juicio del año» existen algunos versos en cursiva, costumbre del autor cuando quería recalcar su sentido en forma satírica o simbólica, o quizás expresar que estaban tomados de otro lugar, que esta vez serían algunos autores románticos de moda. En un momento existe toda una irónica enumeración de vocablos típicos del romanticismo más facilista:

No habrá poético canto  
Sin *laúd... inspiración...*  
Lámpara fúnebre...*orgía...*  
*Luz... capuz... y maldición!*

El texto de la obra placidiana supone que, hecha la tradicional invitación del periódico a que escribiese un juicio poético sobre el nuevo año de 1839, el autor optó por confiarlo a las posibilidades de imaginar un sueño revelador. Al cual pudo llegar después de sufrir sus avatares diarios, en uno de esos desahogos en apariencia humorísticos en los que Plácido se desnuda testimonialmente:

Por la tarde, cuando tibio  
bajaba a occidente el sol,  
habíame dado caza  
con indecible furor,  
un tonto pidiendo versos,  
cobrándome un acreedor.

Gané casi por asalto  
mi insegura habitación,  
acosado de hambre y sed,  
no encontrando en mi aflicción  
ni agua, ni pan ni pañuelo  
con que enjugarme el sudor.  
Cuanto a luz era feliz  
pues por la desconstrucción  
de mi techo, entran perennes  
agua, viento, luna y sol:  
así que cada celaje  
que del Sur al Septentrión  
corriendo turbaba un tanto  
de la luna el resplandor,  
era a mis débiles ojos  
romántica aparición  
.....

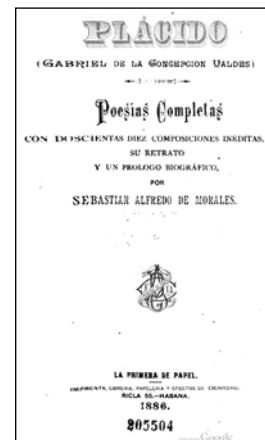
El sueño le trae a la personificación del nuevo año, con su atuendo dentro de los más novísimos cánones de la moda

Con un redondo sombrero,  
pera, corbatín, bastón,  
de rojas y negras listas  
el chaleco y pantalón,  
y una levita más llena  
de trenzas en derredor  
que deudas tiene un poeta  
y muertes hace un Doctor.

Para sorpresa del autor-soñador, se trata nada menos que del dios Marte:

—Yo soy de la guerra el Dios,  
solo que ya no soy clásico.  
—¿Y quién te romantizó?  
—No sé si el tiempo o el diablo:  
Pero eso te importa? —No.  
—Pues si no te importa eso  
toma este apunte, y *...Alons*  
Dijo: y dándome un papel  
a no sé donde partió  
o disolvióse la sombra  
cual niebla a la luz del sol.  
No extrañé lo afrancesado  
de la postrera dicción,  
porque ya todo es francés  
des que fue Napoleón.

El que leyera este poema supuestamente jocoso, como lo hicieron los matanceros de diversas clases y estratos en su momento, no creo que pudiese adivinar que este mulato



6 El poema completo lo reproduce en el Anuario L/L número 15, correspondiente a 1984, p. 152-155. En los fragmentos del texto que transcribimos en este trabajo la ortografía está actualizada.



7 Como detalles curiosos de estos «bailes de máscaras», puede anotarse que existía una comisión para examinar a los disfrazados antes de dejarlos entrar, y se aconsejaba a las familias que trajeran sillas de sus propias casas para los palcos.

8 El 25 de febrero de 1835 se anunciaba que se «pondrán en exhibición e/10 am y 3 pm solo los elefantes, para que las gentes los vean, debido a la expectación que han causado.»

9 Este anuncio «espectáculo tan sorprendente como extraordinario», contaba con varios programas diferentes con doce vistas cada uno. Se trataba de vistas pintadas con efectos ópticos, escorzos y colorido, pues «el Neorama estudia a la Naturaleza embellecida.»

10 Esto nos ayuda a entender el cuadro escénico de aquella época «El hombre indecente», incorporado por el matancero José Jacinto Milanés a su colección costumbrista *El Mirón Cubano*. En su *Poesía y teatro*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981, p. 556-580.

claro, simpático y fácil versificador, sería torturado y fusilado por el gobierno español de la misma ciudad, sin pruebas judiciales firmes, tan solo un lustro más tarde. Sin embargo, ya hacia el final del poema «Juicio del año» existe un fragmento que, visto retrospectivamente, resulta de un premonitorio dramatismo:

La justicia! ...¡la justicia!  
 Alto aquí... ¡bendito Dios!  
 Ahora que iba a desatarme  
 He de callar... ¡Maldición!  
 Yo vi subalternos de ella  
 Que no hubieran compasión  
 de echar cien multas al día  
 a cualquier trabajador.  
 Mas si hallaban agua inmundada  
 a la puerta de un Señor,  
 pasaban por ante él,  
 saludábanle, y ...¡chitón!...

Pero en aquel momento, cuando Plácido escribió su juicio del año 1839, tal como preveía, la ciudad matancera asimilaba el estilo romántico con un entusiasmo y proliferación como nunca antes había ocurrido allí con una «moda cultural.» Quizás más que ninguna otra localidad cubana, dado el desarrollo económico y cultural que tenía en aquellos momentos, Matanzas fue entonces una plaza fuerte del Romanticismo en muchos aspectos, no siempre por cierto superficiales y ligeros.

## II

Basándonos en las propias páginas de *La Aurora* no resulta difícil reconstruir ese contexto al que se refiere Plácido en su poema. Como casi siempre ocurrió, y no importa lo reducido de la escala, el triunfo romántico en Matanzas comenzó por el teatro, con todo lo inconsistente que este resultaba en aquel entonces. En el propio periódico pueden encontrarse protestas del público que se mojaba en el edificio destinado para las representaciones cuando llovía con fuerza, por lo que en los anuncios de funciones teatrales solía advertirse que se ofrecerían «si el tiempo lo permite.» Aunque esto no rezaba para los «grandes bailes de máscaras» que se daban en el teatro por el mes de febrero, en los que se comunicaba «al público que por mucha que sea la lluvia no dejarán de efectuarse»<sup>7</sup>.

Es muy probable que Plácido, como cubano típico, disfrutara también mucho de las

fiestas que se celebraban en el barrio de Pueblo Nuevo, con fuegos artificiales y grandes bailes. También allí, o en la plaza frente a la iglesia, en la calle Gelabert, los «maromeros» o «volatineros» hacían de las suyas, con bailes en la cuerda floja, fuerzas gimnásticas y juegos malabares. Hubo también espectáculos ecuestres con ejercicios y pantomimas, así como una «caravana de animales» el 16 de julio de 1838, con elefante, camello, caballito y mono; dicho elefante ya había causado verdadera «Expectación» en presentaciones anteriores<sup>8</sup>. En octubre 25 de 1839 se detecta algo que pudo tener especial significado: una exposición de «antigüedades mejicanas de las ruinas de Palenque», solo que enmarcadas en una «Colección de fieras,» entre las que se destacaba un «Orang-outang» [sic] «acabado de llegar del Africa,» al parecer vivo y haciendo monerías, junto a una colección de «animales embalsamados.» Como anticipación del aún lejano cinematógrafo, se exhibía una colección de diversas vistas de lugares de todo el mundo y reproducciones de hechos históricos, que dado su éxito visitaba la ciudad anualmente: en 1838 se anunciaba como «Gran Neorama o Viaje de ilusión»<sup>9</sup>. Para recordarnos en qué sociedad ocurría aquello, se especificaba que las funciones de 4 a 7 eran para «gente de color», y las de 7 a 10 para «las personas decentes»<sup>10</sup>. El repertorio del teatro era bien tradicional, de marcado tono neoclásico, con versiones o adaptaciones de obras francesas y algunas clásica, cuando no eran textos cuyos autores se había olvidado (o no era necesario recordar), como los títulos mencionados por Plácido en su juicio del año 1839: *El conde Saldaña y hechos de Bernardo del Carpio* y *El divino nazareno Sansón*. El repertorio languidecía y el público perdía interés. Pero como a Matanzas arribaban, tarde o temprano, los éxitos teatrales de España o La Habana, ya en octubre de 1837 una nueva compañía «llegada hace poco de la Península» incluye en su repertorio al *Angelo, tirano de Padua* de Víctor Hugo, el *Macías* de Larra y, sobre todo, *El trovador*, de García Gutiérrez, que estrenada el 26 de noviembre se convirtió en el éxito de esa y las siguientes temporadas. Plácido, cumplidamente, publica el 3 de diciembre de 1837 un soneto «a la señora doña Luisa Martínez por su inimitable desempeño de la gitana, en las dos representaciones del *Trovador*». Como culminación del entusias-

mo teatral romántico, en marzo de 1838 debutó una compañía de ópera italiana con obras de Bellini, Donizetti y Rossini, que dio pie a la rivalidad entre dos «*primma donna soprano*,» reflejada con amplitud en las páginas de *La Aurora*.

Para ilustrar lo anterior vale la pena reproducir el siguiente fragmento satírico de un «Comunicado» que *La Aurora* publica en su número de marzo 18 de 1838, en donde se señala que la ópera

Tiene contentísimo a nuestros paisanos, principalmente a la turba de románticos paquetes que de algún tiempo a esta parte inundan la margen del Yumurí, por aquello de que la ópera tiene un cierto sabor a romanticismo que esta perfectamente de acuerdo con las costumbres de la edad media, edad reproducida por esos lindos muchachos que a los adornos preciosos de sus trajes, y a sus muchas levitas, reúnen una copiosa barba, y unos peinados graciosísimos, cuyo fuerte consiste en cubrir con el cabello las parietales y las orejas.

Aunque en los momentos más importantes de la ópera «descubren las orejas levantando sus enormes bucles por no dejar escapar la más ligera nota.» La fiebre romántica se hizo patente no solo en el vestuario, para escándalo de muchos, sino que se detectaba hasta en los nombres de los establecimientos. «La Fausta» era una tienda de ropas situada al lado de la «Norma», mientras que en la calle del Medio se podían comprar lindos sombreros en «La Romántica.» Y el Domingo de Ramos del año siguiente se abrirá «El Trovador,» para deleitarse con sabrosos dulces. El gusto por nombrar las tiendas con títulos de óperas se manifestaba también en la confitería «La Vestal» y la sombrerería «La Parisina.»

En las librerías («La Primera de Papel», «El Escritorio,» la sastrería de don Magin Pons...)<sup>11</sup> se ponen a la venta libros de Walter Scott y Lord Byron, entre otros, mientras que ya desde septiembre de 1839 puede adquirirse *El Conde Alarcos*, el drama romántico del matancero José Jacinto Milanés, estrenado en La Habana y que se presentará en Matanzas el 27 de noviembre de ese mismo año. De la capital llegan nuevas y atractivas revistas como *El Álbum*, *La Mariposa*, *La Siempreviva*, *El Plantel* y *La Cartera Cubana*. El mismo Plácido se dejó animar y en noviembre 7 de 1838 había comenzado la suscripción para publicar el primer tomo de sus poesías<sup>12</sup>. A

finales de ese mes ya había una discreta lista de suscriptores, con el Brigadier Antonio Buitrago, primera autoridad de la ciudad a la cabeza, y en la cual, con cuatro ejemplares cada uno, aparecen los nombres de Domingo del Monte, Francisco Iturrondo (*Delio*) e Ignacio Valdés Machuca (*Desval*). El libro comenzará a venderse en julio de 1839.

La llegada de los vientos románticos a Matanzas puede detectarse bastante bien a través de los textos aparecidos en las páginas de *La Aurora*. Antes de 1834 era usual un neoclasicismo epigonal y de poco vuelo en poemas y artículos, sobre todo costumbristas, así como polémicas insulsas por lo prohibido que estaba tratar temáticas más trascendentes. La presencia de Domingo del Monte, que aparece firmando como Secretario los comunicados de la Diputación Patriótica hasta 1836, se transparenta detrás de algunos de los mejores artículos publicados por aquellos años, generalmente sin firma o con la utilización de seudónimos. El periódico comienza a publicar, tímidamente, textos de Larra y Chateaubriand, junto a los locales Delio, Desval y un joven de veinte años que comenzó dedicándole poemas en italiano a cantantes operáticas, bajo seudónimos que hoy sabemos ocultaban a José Jacinto Milanés. Durante 1836 Plácido domina poéticamente las páginas del periódico, sin mayores atisbos románticos. Todavía el 14 de mayo un comunicado sin firma alertaba ante la posible representación de los «inmorales» dramas franceses de Hugo y Dumas.

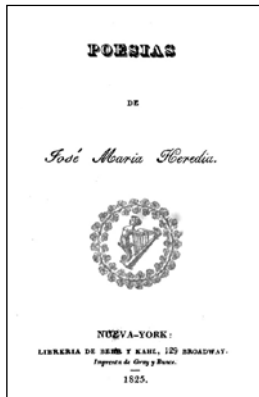
Pero ya durante 1838 el romanticismo había ganado tanto terreno que resultaba lógico que Plácido pudiera pronosticar que el 39 iba a ser un año completamente romántico. A textos de Hugo, Byron, etc. se suman las reproducciones de otros, anónimos, que discuten el asunto. El 27 de enero de 1838 un escrito tomado de *El Artista* exalta el romanticismo: «Los *clasiquistas* son sus enemigos, los partidarios de la rutina. Los *románticos*, jóvenes que se abren al futuro, y tienen sus antecedentes [en] Homero, Dante, Calderon [...] ¡El Romanticismo! ¡Cuántas ideas contrarias despierta esta palabra en la imaginación de los que la escuchan!»

### III

Un aspecto que no debemos pasar por alto en aquellos momentos, es la presencia del poeta cubano exiliado en México José

11  
Magin Pons, además de sastrero, escribía décimas en *La Aurora*. El 4 de enero de 1837 había anunciado que acababa de recibir de Barcelona un cargamento de libros, que «se expenderán a precios equitativos». En la larga lista, además de diccionarios, libros de cocina, de historia, etc., aparecen *Werther*, *Pablo* y *Virginia* y otros textos prerrománticos, entre los que se encuentra *Quicontenal*, que no debe ser otro que la novela histórica anónima, escrita en español, aparecida en Filadelfia en 1826, *Gicotenal*. Dos años más tarde, en el mismo periódico, aparecerá el famoso romance de Plácido de igual título, al parecer continuando una práctica que ya había dado «La Atala» el 25 de enero de 1838, según la cual obras de moda constituían su fuente de inspiración.

12  
El anuncio del inicio de las suscripciones para editar el tomo de *Poesías* de Plácido, vale la pena reproducirlo fragmentariamente por la explicación que ofrece de los méritos del autor, e incluso la eufemística alusión a su mulatez: «Bien conocido es ya de todos los amantes de la bella literatura, el talento verdaderamente poético con que plugo a la naturaleza agraciada a este joven, cuyas obras han sido acogidas con entusiasmo, y leídas con aplauso y admiración general. Colocada la cuna de Plácido (sensible es decirlo), en un punto desventajoso de la escala social, sus apreciables trabajos, cubiertos de polvo, habrían sido envueltos en un funesto y doloroso olvido al que su modestia excesiva los condenaba, si los redactores de la *Aureola poética* al Sr. D. Francisco de la Rosa, no le hubiese arrancado, casi por fuerza de la oscuridad que le rodeaba, insertando en aquel apreciable librito su bellísima composición titulada «La siempreviva,» que por una feliz casualidad, y no por deseos de su autor, llegó a manos de aquellos imparciales redactores. El público admiró entusiasmado al joven atleta que se presentaba por primera vez en la arena literaria, ostentando una corona: ese triunfo, como era natural, alentó la timidez del poeta: sus posteriores trabajos participaron del noble orgullo que le inspiraba el aprecio público, y el grato nombre de Plácido ha encontrado simpatías dó quiera que ha resonado.»



13  
Se llamaba «Ideología», a principios del siglo XIX, al cuerpo general de enseñanza que preconizaba el método analítico, y sucedía a la filosofía de la «Ilustración», con la repetición de gran parte de su ideario. Las fuentes eran Locke y Condillac.

14  
Como ejemplo de conciertos, tenemos que los días 5, 9 y 12 de abril de 1837 se ofrecen unos vocales e instrumentales, con matanceros tocando la flauta, el clarinete y el corno inglés, junto con la arpista Virginia Pardi, llegada de La Habana, a quien Plácido le dedica un poema «por su inimitable ejecución de los Caprichos en el arpa». La orquesta para la ópera llegaba a contar con unos 22 músicos. Y, además, existían bandas militares.

María Heredia, una figura bien conocida por los matanceros, que fallecerá en México el 7 de mayo de 1839, intrínsecamente unido a los ideales de la mejor poesía y de la independencia patria. Muchos críticos posteriores lo han llegado a considerar como el primer poeta romántico en lengua española. Desterrado en 1823 por participar en una conspiración independentista en la propia Matanzas, Heredia había regresado a finales de 1836 a la ciudad donde vivía su madre, con un permiso especial del capitán general Tacón. Su estancia matancera tuvo que haber sido muy polémica y *La Aurora* o no la reflejó por temor a la censura, o sus referencias al respecto fueron mutiladas posteriormente. Sí se ha recogido, en versiones diferentes, la visita que Heredia le hizo a Plácido en su taller de artesano, en la cual le ofrece ayudarlo a viajar a México, en donde el color de su piel no sería el limitante que en Cuba era: Plácido prefirió quedarse en su isla natal.

Cuando el poeta mulato publica la edición de sus *Poesías* en 1838, le dedica un poema a su colega: «El eco de la gruta.» Allí, después de varios puntos suspensivos, se imprimen solo los versos finales. Como he dicho en otras ocasiones, no se ha reparado bien la osadía de Plácido al publicar estos versos incompletos, ya que a buen entendedor pocas palabras bastan, y los cubanos de su época sabían muy bien la razón por la cual se omitía entonces la parte central de un texto que elogiaba al primer poeta cubano independentista. Por supuesto, esto pudo hacerse porque el tomo de 1838 abría con un aluvión de poemas aparentemente elogiosos a la familia real española. La muerte de Heredia tuvo fuerte repercusión en la ciudad, y eso se constata en los poemas que le dedicaron con ese motivo varios poetas locales. Entre ellos se destaca el que Plácido le dedicó entonces, bajo el nombre de «La malva azul,» que no parece haberse publicado en *La Aurora*, sino en la *Gaceta* de la ciudad de Puerto Príncipe, en la zona central de Cuba, durante aquel año.

La ciudad contaba ya entonces con varias instituciones para la enseñanza, pero en mayo 23 de 1839 un comunicado se preguntaba «¿Por qué en Matanzas los establecimientos de educación no pueden tener ni estabilidad ni duración?» Esto explica la razón por la cual entre 1837 y esa fecha se anuncien tantos intentos al respecto, al parecer muchos de corta vida. También existían cuatro «escuelas

públicas gratuitas para niños blancos» de limitada matrícula, patrocinadas por la Diputación Patriótica. Y al gobernador anterior a Buitrago, García Oña, se le atribuía un proyecto de escuela gratuita para niñas «a fin de formar buenas esposas y madres de familia.» La boyante situación de algunas fortunas matanceras justificaba que en las páginas del periódico se anunciara una «academia para señoritas» en Nueva York (abril 5, 1837).

En varios lugares se ampliaban las ramas de la enseñanza especializada, que incluían la «Ideología» en el colegio La Unión<sup>13</sup>, una academia de francés e italiano, como lenguas «cultas» (y románticas), así como otra de triple enseñanza: caligrafía inglesa, teneduría de libros y aritmética mercantil, sin olvidar la «Academia de baile» dirigida por un «primer bailarían del teatro de Barcelona» que, entre otras muchas, enseñará «danzas románticas,» por supuesto. Matanzas tiene su Sociedad Filarmónica, fundada en junio de 1834, así como su biblioteca pública. La ciudad cuenta con suficientes músicos, no solo para actuar en las funciones de ópera y tocar en los bailes y retretas, sino también para organizar algunos conciertos de piezas instrumentales, aunque no con un repertorio muy escogido que digamos<sup>14</sup>. En otra anticipación que no deja de sorprender, un artículo se dedica a analizar los «carteles» que se exponen con distintos fines en variados lugares de la ciudad, y termina por avizorar, con anticipación, que éstos un día puedan ser colocados en galerías (octubre 20, 1838). Pero los habitantes de la ciudad se sienten orgullosos del auge cultural que va teniendo, y por eso no es de extrañar que con fecha de septiembre 8 de 1838 en un comunicado anónimo se profetice: «¿Qué tiene de extraño, pues, que llegue con el tiempo a ser Matanzas una segunda Atenas?»

#### IV

Detrás de toda esta animación cultural, que toma al Romanticismo como estandarte externo, existía un indudable auge económico. Dan fe de ello las propias páginas de *La Aurora*. Por ejemplo, en un solo día (febrero 5 de 1838) encontramos 55 buques fondeados en el puerto: de ellos 42 son estadounidenses y solo 9 españoles, más 2 portugueses y 1 brevés. Son los medios para transportar las riquezas de la zona de la cual Matanzas es centro; cajas y bocoyes de azúcar (blanca,

quebrada o de cucurucho), sacos de café, barriles de miel de purga, pipas de aguardiente de caña, tabaco y bocoyes de miel de abeja son los productos básicos.

El despótico Tacón había dejado el gobierno de la isla en abril de 1838 y en la ciudad existían huellas de su afán constructivo, como la calzada que lleva su nombre, que comunica la barriada de Versailles con el hermoso valle del Yumurí y su gran riqueza agrícola. En septiembre 8 un comunicado muestra, un tanto ingenuamente, las pruebas del progreso matancero, pues estima que «Dé cualquiera una ojeada a esa Alameda, a ese Hospital, a ese Cuartel, nuevo puente de San Luis, nuevo camino de La Vigía, nuevas calles a las orillas de ambos ríos, plazas, el brillante estado a que van reduciéndose las demás calles, famosas casas de habitación, etc., y observando que casi todo es del día, pues nada de esto existía...» Entre las edificaciones nuevas se menciona «un hermoso barracón para los emancipados, que a la par que concilia economías, proporciona la ventaja de estar vigilado por la guardia del presidio.» Porque, así, casi como de pasada, es que encontramos la esclavitud, fuerza propulsora de aquel auge, mencionado en las páginas de *La Aurora*.

Es en sus reclamos a esclavos prófugos, en venta o en alquiler, con sus acotaciones de que «se dan negritos para jugar con niños,» o la comunicación de que ha llegado a Matanzas «la cuerda de cimarrones del interior,» donde palpamos huellas del inmenso drama que vive la Isla y muy especialmente Matanzas. El 12 de enero de 1838 se publica un anuncio en el que, tras la obligada asepsia periodística al tratar el tema, se descubre parte de la zona más tenebrosa de aquella sociedad: «Desde mediados del mes próximo pasado fugaron de la casa de su amo dos negros nombrados Aniceto y Antonio, ambos de nación carabalí, de estatura regular, y como de 28 o 30 años, tuerto el primero del ojo derecho y el segundo tiene un pie hinchado bastante visible...» Dos jóvenes negros, con las señas irrefutables de las torturas y crueldades en sus cuerpos, enfrentan con la huida necesaria una persecución feroz. Porque detrás de todos los pruritos culturales que tenían aquellos matanceros de principio de siglo, se escondía una verdad imposible de ocultar: la aberrante esclavitud. ¿Cómo podrían conciliar aquellos intelectuales su realidad cotidiana con los cánones de

un romanticismo europeo que preconizaba, entre otras cosas, el culto a la libertad y la dignidad del ser humano?

El capitán general Tacón había agudizado las contradicciones económicas, políticas y sociales que agitaban a la Cuba de entonces. Al término de su gobierno, en 1837, la trata negrera había tomado mayor auge y la isla entera, lanzada a la especulación azucarera, se convertía en una gigantesca plantación. Los hechos se suceden en un dramático *crescendo*. En 1837 llega a La Habana el buque inglés «Romney» para dar alojamiento a los africanos apresados en naves dedicadas al tráfico de esclavos, que era ilegal ya desde 1821, según el Tratado firmado por España bajo presión de Inglaterra. Tres años después es nombrado Cónsul británico en Cuba el abolicionista Turnbull, a la vez que estallan sublevaciones de esclavos en el centro de la isla y hasta en la propia capital de la isla. El nuevo Capitán General, O'Donnell, reprime en forma sumamente sangrienta alzamientos ocurridos cerca de la ciudad de Matanzas. La población de Cuba ya pasaba de un millón, pero más de la mitad la constituían negros y mulatos, esclavos o libres. El ejemplo de la sublevación haitiana estaba muy cercano todavía, y O'Donnell dio vía libre a torturas y procesos sin límites, en lo que se ha llamado la Conspiración de la Escalera (1844). La persecución iba más allá de los esclavos para cebarse en negros, mulatos y blancos presuntamente antiesclavistas. La propia preeminencia de Plácido fue su condena.

La verdadera implicación del poeta en planes conspirativos contra el régimen esclavista que imperaba en Cuba se ha discutido bastante. Sin duda era antiesclavista e independentista, sin embargo en su famoso poema «Plegaria a Dios,» que iba recitando rumbo al lugar de su ejecución, pedía a Dios que rasgara «de la calumnia el velo odioso» y arrancara «el sello ignominioso / con que el mundo manchar quiere mi frente.» En realidad no creo que exista contradicción en esto, pues la inocencia que pregonaba Plácido era sobre las imputaciones calumniosas con que el régimen quería imponer su muerte como escarmiento. Pero frente a los designios del régimen, se alzó la versión popular ampliamente propagada y reelaborada, en la cual Plácido, más que una



Valle de la Magdalena. Matanzas, Cuba. Eduardo Llanes. *Los ingenios* (1857) de Justo Germán Cantero.

15

Cómo reflejó todo esto en sus páginas el periódico *La Aurora*, tan ligado a Plácido, no ha podido verificarse, pues los ejemplares están mutilados en las fechas más comprometidas. Sin embargo, estamos seguros que tuvo que reproducir el dictamen oficialista sobre los ejecutados, «visionarios sin educación en el estado más abyecto de barbarie e inmoralidad, seducidos por almas viles», cuya muerte probaba a los españoles «el valor innato que heredamos de nuestros abuelos, y la conciencia de nuestra superioridad sobre la raza etiópica», que «harán que en cualquier tiempo todo conato de rebelión se convierta en destrucción del infeliz que osase intentarlo en su loco desvarío.»

víctima injustamente asesinada, era la figura heroica que marchaba al patíbulo recitando con voz firme su último poema, y que supo erguirse cuando la primera descarga no logró matarlo, señalándole su corazón al pelotón de fusilamiento mientras exclamaba «¡Adiós mundo!...¡no hay piedad para mí! ¡¡¡Fuego aquí!!!»<sup>15</sup>.

Plácido, por su piel y sus ideas, estuvo en el mismo vórtice del drama, tal vez tanto como ni él mismo imaginara. Cuando en su poema «Juicio del año» decidió callarse al mencionar a la justicia, no sabía lo trágicamente premonitorios que iban a ser sus versos. Poco más de un lustro después el Romanticismo dejaría de ser un alegre divertimento en la vida matancera y toda la injusticia y el dolor de aquella estructura económica, social y política estallarían, dejando ver descarnadamente su entraña inhumana y feroz. Del triunfo romántico en Matanzas hasta la Conspiración de la Escalera y el fusilamiento de Plácido en 1844, existe un trayecto que irá ganando profundidad y compromiso, en el cual literatura y vida no andarán por caminos diversos. Pero aún a comienzos de 1839

el poeta podía ver, con ese humor en el que se descubre una sencilla amargura, al nuevo año como un dios Marte vestido a la usanza romántica, sin presentir que su propia sangre iría a darle nueva dimensión a lo que parecía ser solo una moda literaria.

### Bibliografía

- Concepción Valdés, Gabriel de la. *Plácido: Poesías completas*. La Habana: La Primera de Papel, 1886. XIX.
- Milanés, José Jacinto. *Poesía y teatro*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1981, p. 556-580.
- Plasencia, Aleida. «Bibliografía activa [de Plácido]» en *Revista de la Biblioteca Nacional «José Martí»*. La Habana [3ª. Época] 6 (3-4):81, julio – diciembre, 1964).
- Varona, Enrique José. «La nueva edición de Plácido». *Revista Cubana*. La Habana, 4: 372-373, 1886.

Fecha de recepción: 05/06/2014

Fecha de aceptación: 07/10/2014